

El conferencista ofreció ocuparse, en época posterior, de los otros tres aspectos del problema indígena: el educativo, el jurídico y el moral.

PANORAMA DE LA LITERATURA PERUANA

Cursillo en tres conversaciones sustentadas, a iniciativa del Seminario de Cultura Peruana, por el doctor Luis Alberto Sánchez, en el salón de actos de la Facultad de Letras.

A invitación del Seminario de Cultura Peruana, que anima el estudiante Jorge Núñez Valdivia, el doctor Luis Alberto Sánchez, catedrático de Literatura Americana y del Perú, dictó un cursillo, en tres conversaciones, sobre "Panorama de la Literatura Peruana". El salón de actos estuvo totalmente lleno durante las tres tardes, y en ellas advirtióse la presencia de casi todos los catedráticos de la Facultad, con el Decano Dr. José Gálvez, que presidió el acto, los miembros del Seminario, alumnos de la Facultad y escritores.

PRIMERA CONVERSACION

La primera conversación bosquejó el estado de la literatura imperial, en la que, Sánchez dijo, se advierten claramente dos tendencias: la de los vencedores, objetiva, épica, ritual; y la de los vencidos, subjetiva, lírica, nostálgica. Esta última, dijo, se amparó de preferencia en la música, la cual es un arte de evasión, de inconformidad, hasta tal punto que, sólo a través de la canción, puede seguirse el estado de la mentalidad y la estructura política y social del Imperio.

Al llegar la conquista, ocurrió un rompimiento, pero sólo en parte. Las gentes incultas, que vinieron en gran número, se acoplaron al Indígena, mientras que los cultos formaron casta aparte. Además, la literatura de la conquista se caracteriza por la ausencia de la mujer, es decir, por una mutilación sentimental, que trae como consecuencia la falta de lirismo. El poema de entonces es de tendencia objetiva y con marcados fines sectarios. Resulta de ahí que el Inca se unió al Caudillo de la conquista, mientras que el indio, el sometido del Imperio, se une al soldado. Soldado e indio son como mitimaes, exilados, obligados al aislamiento, y en quienes los sentimientos se transforman en coplas que, generalmente, son o alusivas o de protesta, representándose así el descontento ambiente. En cambio, las crónicas, informaciones civiles y eclesiásticas, sermonarios, etc., demuestran que el poder, sea civil o eclesiástico, tomó como vehículo de captación espiritual a la literatura, y, por ende, a la imprenta.

La colonia mantuvo, dijo Sánchez, cierta similitud con el Imperio en cuanto que sólo el elemento oficial halló los medios de propagar sus producciones: el quipucamayoc del Imperio equivale a la Imprenta del Virreynato; y así como el indígena trasmite sus cantos por tradición, así el pueblo virreinal lo trasmite por manuscrito. Semejantes Virrey é Inca, la temperatura espiritual no es muy diferente en ambas épocas. La literatura colonial fué metropolitana.

na y extranjerista. Sus primeros modelos, siguieron a los italianos; formulistas en la capital y la costa, y muy especialmente en la Universidad y los palacios.

La existencia de tal formulismo demuestra que hubo, en verdad, más conceptismo que gongorismo. Y el conceptismo envolvió un concepto escolástico, de modo que fué el triunfo del tomismo más que el de Góngora. Faltó imaginación, y eso basta para decir que faltó elemento sustantivo para el gongorismo. Este fué, en realidad, una tendencia oficial, política, cultora de la alegoría y lo indirecto, derivados en parte del sistema político. La fórmula se enseñoreó por sobre todas las cosas. La Inquisición, el Palacio, la Universidad, la Iglesia se convirtieron en elementos de valía indudable en tal desenvolvi-

SEGUNDA CONVERSACION

El doctor Sánchez, continuando la primera, manifestó que apesar del domesticamiento de los espíritus coloniales, en los criollos se empezaron a advertir síntomas de rebeldía desde mediados del siglo 18. Aún el sabio Peralta cayó en esto. Y es que —destacó Sánchez,— el descontento cundía, porque se abrían los ojos a otros horizontes. En esta tarea le cupo papel preponderante al pirata-contrabandista de mercaderías e ideas, y al viajero extranjero, que despertó la curiosidad por el propio suelo americano, antes materia de interdicción.

Como si esto no fuera suficiente semilla de rebeldía, la mujer insurge, entonces, pasando de simple alegoría que era, a mujer de veras, forma concreta, real; especialmente la criolla, que despertó la musa de Caviedes y otros poetas. Se relajan las costumbres; se inaugura la Plaza de Toros; se hace vida de café con sus mentideros; se expulsa a los jesuitas, y, en general, hay un movimiento extraoficial.

Coincide la agitación intelectual de entonces, con los levantamientos de indígenas, como el de Condorcanqui. Tanta es la relación entre lo literario y lo político que se prohíbe la lectura de los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso. Toda la reforma criolla, capitalina, se orienta, así en un sentido indirecto, de curiosidad investigadora y exploradora de lo geográfico. Fuera de la capital, adquiere un carácter menos literario. En Lima, fecunda una nutrida literatura de proclamas, manifiestos, libelos; pero, todo subrepticio; en provincias, se juntan la acción y el poema, como se ve en el caso de Melgar; en Lima la conspiración y la proclama, como en Riva Agüero.

Todo el carácter de la literatura de aquella época es típicamente político. El doctor Sánchez hizo desfilar muchos ejemplos de ello, de manera de probar que sus aseveraciones descansaban en una base de hechos evidentes.

TERCERA CONVERSACION

La diferencia advertida en la manera como se insinúa la reforma en capital y provincias (los citados casos de Melgar y Riva Agüero o Vidaurre), así como la tendencia política de la literatura de entonces, cristalizan, a raíz de la independencia, en un movimiento de curiosidad territorial, anecdótico, que se llama "el costumbrismo". La costumbre, forma superficial de lo nacional, concita odios y loas. De ahí que tengan significado específico dos autores,

Pardo y Segura, porque en ellos se puede observar la opuesta actitud ante la costumbre. El uno representa la capital, lo colonial, la aristocracia, la mesura, el salón; el otro, una tendencia hacia la provincia, lo republicano, lo popular, la indisciplina, la plazuela.

Pero, en ambos, como en toda la época, se advierte la huella de un movimiento que tiñó a la Revolución misma: el romanticismo. Este romanticismo se advierte en las discusiones de los primeros congresales, en las proclamas de los próceres, en Bolívar, en los conatos de códigos, en Vidaurre, en los clasicistas como Pardo, a partir de su última época; en la juventud que surgió el 30 y que se contagiaba del espíritu predominante en Europa, donde primaba, a la sazón, el movimiento romántico, exaltado y vehemente.

El romántico peruano amó la calle, y también el salón. Fué propenso a la soledad, a la queja, a la grandilocuencia, a lo lejano. Cultivó el género teatral. Rindió pleitesía a la hipérbole. Fué centralista, preferentemente limeño. Sánchez examinó lo que había de exacto tras el nombre de “bohemos” que se dieron, así como dos características fundamentales: exoticismo y pasadismo, que confluyen en “el lejanismo”. El más saltante miembro de esa manera lejanista fué don Ricardo Palma, que escribió las “Tradiciones Peruanas”, y entre los poetas sobresalen Salaverry y Márquez.

Sánchez aludió a la constitución del “Club Literario” hecho con el favor oficial. Además, citó diversos casos y fragmentos de obras.

Dijo, enseguida, que el gran desencanto de los románticos fué la guerra del 79. Repentinamente se encontraron desplazados a un mundo diferente, en el que las realidades vivían. En el que el Perú no era el centralismo limeño, sino las provincias. En que el indio surgía como personaje fundamental. En que surgía la emoción social. En que se rompía contra la tradición representada bien fuera por la Academia, en los filológicos, bien por el clero, en lo político. El núcleo de este movimiento se formó en derredor de González Prada. Este gran escritor fué el que concitó a todas las voluntades juveniles a un movimiento de encumbramiento espiritual, provocando, así, un nuevo estado de espíritu, algo que urgía en el Perú de entonces hasta tal punto que la literatura toda tomó un cariz social. Se formó una agrupación literaria. “El Círculo Literario” que devino Partido político radical, bajo el rubro de “Unión Nacional”, con González Prada a la cabeza.

De esta nueva confrontación de la realidad peruana, surgen otras tendencias. Sánchez observa que la literatura del 95, compenetrada con un movimiento político interno, participó de las tendencias inauguradas por González Prada y su pléyade, y algo del clasicismo —pese al cariz romántico— de los anteriores, que amaron tanto la tradición. Hubo novela realista, en cierto modo; hubo tendencias sociales, pero amalgamadas con torremarfilismo, como se ve en los primeros ensayos de Chocano. Cultivó sentimientos multitudinarios, por ejemplo, el americanismo, pero sólo en un aspecto pintoresco y anecdótico. El modernismo encuentra, en esa desorientación, terreno propicio, porque se coqueteaba con el concepto aristocrático del arte, y se rendía pleitesía a la forma, iniciación tal vez de un nuevo culteranismo.

La generación de 1905 —dijo Sánchez— signada por Rodó y Rubén Darío, insistió en esa tonalidad, pero con una preocupación nacional, que arranca de la generación de González Prada, en su ímpetu nacionalista a ultranza, y un poco del culto al pasado que practicó Palma. Fué una etapa disciplinada, gerárquica, de predominio universitario y limeño, en la que surgen ensayos de peruanismo notables, tales como los de Riva Agüero, F. García Calderón, Gálvez, y otros. Los poetas cultivan el modernismo, pero ya se dejan influenciar más directamente por modelos más mondados, como se ve en el caso de Ureta.

A partir de 1914, la actitud es diferente. Se torna combativa. Se ataca a la tradición, se exalta lo nuevo, sea extranjero o nacional. Se va contra la gerarquía y contra lo universitario, es decir, contra la disciplina. Los cuentos abundan, como nunca, y asoman sobre el escarnio nacional: cuentos de Valdelomar, de López Albújar, y Beingolea (estos dos pertenecientes cronológicamente a generaciones anteriores, pero, espiritualmente, situados en esta), de César Falcón; versos de José María Egúren y de César Vallejo, crónicas beligerantes y teñidas ya de cierta matiz social, de José Carlos Mariátegui, arrebatos nacionalista y antigierárquicos de More, etc. Se cultiva el arte puro, y el arte trascendente. El arte puro tiene a Egúren, a Valdelomar en gran parte de su obra. Sánchez afirma que en otros, este deportismo fué aparente, y encuentra en las tendencias místicas de los primeros ensayos de Mariátegui, el anuncio de su preocupación posterior por lo humano. Además, observó el sustentante, esta nueva literatura se vincula al estudiantado, trata de ser juvenil e inquietante, además de ser inquieta. Va a los problemas nacionales con un nuevo criterio. Y se esfuerza por vincular la literatura a la vida.

Al margen de todo esto, concluyó Sánchez, hay llamamientos al orden en sectores permaturamente conservadores; todos coincidentes en la preocupación nacional. Llamamientos que —dijo el conferencista— sería bueno tomar en cuenta, pero, no para seguirlos sino para encauzarlos en un sendero que sea el que corresponde a la realidad peruana, en el sentido de dar libre expansión a la personalidad y de cooperar a la realización de los fines del conjunto, de la nación que, en la investigación de sus propios problemas, parece que trata de hallar el modo de acercarse al anelo universal.

EL DEBATE

Por indicación del señor Núñez Valdivia, el debate sobre las conclusiones de estas tres charlas que estuvo anunciado para días después, se suspendió, previo anuncio en varios diarios locales. Al tratar de fijarse nueva fecha para ese debate, surgieron circunstancias imprevistas, ajenas a la voluntad del doctor Sánchez y del Seminario.

Tal es en resumen lo expuesto por el doctor Sánchez en sus tres charlas de la Facultad de Letras.

APUNTES PARA UN ENSAYO DE CRITICA SOCIOLOGICA

por

A. Bailón Landa,

LA INMIGRACION Y SU DESARROLLO EN EL PERU. — Mario E. del Río,

doctor en Ciencias Políticas y Económicas. — Lima, 1929.

Como demostración de que las tesis universitarias, no tienen por objeto la insustancialidad de un formulismo ni la asendereada función verbalista